





¿DE QUIÉN ES ESTA ESPECIE?



Carlos Añó

¿DE QUIÉN ES ESTA ESPECIE?



Primera edición: enero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Añó

ISBN: 978-84-10253-42-1

ISBN digital: 978-84-10253-43-8

Depósito legal: M-1429-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## Prólogo

En el núcleo de una estrella joven como es nuestro Sol se dan reacciones tan violentas que, si se diera el caso, podrían acabar con la vida tal y como la conocemos hasta ahora.

Debido a una tormenta solar la humanidad se ha visto obligada a abandonar la Tierra para buscar refugio en los lugares habitables más próximos, la Luna y Marte. Esta tormenta, la mayor registrada hasta la fecha, debilitó el campo magnético terrestre hasta tal punto que simples erupciones solares posteriores acabaron por destruirlo, junto con la atmósfera. ¿La consecuencia? El planeta azul dejó de rotar sobre sí mismo y quedó reducido a escombros debido a fenómenos catastróficos. La cuna de la vida es ahora un planeta inhabitable, a merced del frío y de la radiación ultravioleta.

La humanidad ha prosperado en colonias, trabajando duro para volver algún día al lugar que le pertenece. Así lo hizo el primer equipo de exploradores del viejo mundo, un grupo de seis valientes que volvió a la Tierra para encontrar, desafortunadamente, que dicho lugar nunca les había pertenecido. La tablilla prima, el artículo número cuarenta y cuatro del museo de interés histórico en la Plataforma de Órbita Lunar (P.O.L), se ha convertido en el descubrimiento más enigmático de todos los tiempos. Se desconoce qué o quién lo creó y, sobre todo, el porqué.

Mellon Antilles Sasgaard es un joven con un futuro muy prometedor tras acabar su estancia en la academia de conocimiento. Junto con algunos de sus compañeros, se adentrará en un viaje en busca de las respuestas que abarca el gran misterio de la tablilla. Respuestas que crearán nuevas preguntas, y a su vez requerirán nuevas explicaciones.



# 1

Siempre me pasa lo mismo, y no acabo de entender el porqué. Las probabilidades de ocurrencia de sucesos altamente improbables parecen aumentar exponencialmente cuando uno tiene compromisos importantes. Creo que una vez, alguien, en algún lugar, dio un nombre a este tipo de situaciones. Cómo muchos otros nombres, de muchas otras cosas, que ya no existen. Los transbordadores espaciales que están a disposición de la gente que no puede hacer uso de un jet propio son horribles. Metafóricamente hablando (o no tanto), las personas somos como el relleno que se introduce en el pavo; todas apretadas y cociéndose lentamente. Es inevitable quedarse mirando a un trozo de cebolla y averiguar en qué estará pensando entre tanto condimento. O imaginar que tú, un trozo de patata, eres capaz de leer la mente de la zanahoria que está enfrente de ti y decides intentarlo con todas tus fuerzas. Todo esto se convierte en soportable cuando te sometes cada día a ello. Pero el verdadero problema llega cuando se quema el pavo. Qué asco de transporte público.

Por fin me dispongo a entrar a la sala de evaluaciones azul (sorprendentemente a tiempo después del enorme retraso con los transbordadores) para decidir sobre mi futuro en la nueva colonia. Digo nueva colonia porque la gente de mi generación es ajena a todo cuanto se hacía anteriormente, y digo anteriormente refiriéndome a antes del gran éxodo. En realidad, no debería quejarme tanto. La humanidad se ha convertido en un paraíso utópico después de todo.

—Por favor tome asiento. ¿Es usted Mellon Antilles Sasgaard, de veintinueve años, actualmente residiendo en la Plataforma de Órbita Lunar?

—Así es, sección Zeta, complejo 221 —no me ha preguntado por los detalles, pero aclarar que vives en la sección Zeta puede ser a veces de ayuda. Esa parte de la P.O.L es la más nueva y, por tanto, la que alberga a los jóvenes más prometedores de la academia de conocimiento.

—Bien, yo soy Amus, el encargado de tu expediente y el de muchos otros estudiantes. Así que vamos a echar un vistazo, si te parece —dice Amus mientras teclea sobre la mesa.

La sala es bastante agradable, casi tanto como Amus. Me creería esa sonrisa que me está mostrando de no ser por el largo día de entrevistas que le espera; aunque tener vistas a las estrellas es bastante relajante. Puede que eso le ayude.

—Muy bien... veamos —dice, mientras se muerde el labio y se toca la oreja—. Joven, tiene usted un expediente brillante.

Lo dice como sorprendido, como si no fuese algo esperable de alguien como yo. Carpetas encabezadas por mi nombre y número de estudiante van flotando ante la atenta mirada de Amus.

—Gracias, no ha sido fácil la verdad.

—Ya lo creo que no. La puntuación más alta en el cálculo de trayectorias y una ejecución perfecta en el simulador de pilotaje, conocimiento del universo profundo y un gran dominio de los dialectos de la colonia entre otros méritos. Con esto podría ser un piloto excepcional. ¿Le interesaría formar parte del cuerpo de pilotos?

Con formar parte del equipo de pilotos se refiere a pilotar una nave obrera para continuar la construcción de la Plataforma Orbital Terrestre. Desperdiciar mi talento en una nave de carga y descarga para toda mi vida, como le pasó al padre de Sarah Collins. Eustass Collins fue un alumno excelente en casi todos los ámbitos, sobre todo en microbiología de especies. Pero su futuro más bien lo decidió el comité de sabios en lugar de él mismo. Soy consciente

de lo importante que es la construcción de la plataforma para la colonia, pero no quiero dedicarme a eso y no hay más que hablar.

—No realmente, señor. Mi preferencia es entrar en el cuerpo de exploradores e historiadores del viejo mundo —es importante sonar decidido. Todo quedará tipificado en mi expediente y los altos cargos de la colonia deben saber que estoy listo para mi nueva etapa formativa.

—Ten en cuenta que es una apuesta arriesgada hijo. Y sin embargo, los pilotos hacen falta para continuar creciendo. Esta vez un poco más cerca de lo que era nuestra casa —dice con una voz llena de esperanza.

Justo lo que yo decía. Supongo que el sabio (y su equipo) encargado de las responsabilidades profesionales presionan a los trabajadores para que estos, a su vez, presionen a los jóvenes para ser pilotos.

—Sí, señor, pero ya lo he decidido —lo decidí hace años, para ser exactos. Un sueño de toda la vida.

—Está bien. En tu comunicador recibirás toda la información pertinente a tu primer día de instrucción como explorador e historiador. Ahora ya puedes marcharte, Mellon Antillas. Que tengas mucha suerte —rápido y simple, mi futuro en cinco minutos.

En la P.O.L siempre hay mucho ruido; los decibelios que producen muchas personas con prisa. Es fastidioso, casi no me dejan disfrutar de mi momento. Del momento que marcará el resto de momentos de mi vida. Las secciones de la A a la F son las que se encargan de las decisiones de los alumnos (yo me encuentro en la C), así que será mejor que me marche cuanto antes si no quiero empezar a encontrarme con conocidos entrometidos e insistentes en conocer el camino que he tomado. Iré a ver a Min, a él le interesará que nos veamos. ¿Transbordador o cinta deslizante? No quiero pasarme más rato del necesario en una cabina con pocas luces y llena de gente como antes. Cinta entonces. La cinta deslizante es un suelo móvil que recorre casi todas las secciones en sus

niveles más inferiores y por lo tanto apenas dispone de ventanas en su trayectoria. Pero por la hora que es quizá pueda verla, así que me tomaré la libertad de pararme ante la primera ventana que encuentre. Y según mi comunicador, la primera estación de servicio donde descansar de las cintas está en E.

Ahí está, esa roca. La superficie congelada y rocosa denota violencia. Una destrucción de calibre mundial, causada por los fenómenos catastróficos más agresivos del planeta. Debido a los cientos de terremotos y tsunamis, la Tierra ya no es habitable; bueno, al menos de momento. Las obras de las que me quería convencer el simpático hombre de la sala azul incluyen reguladores atmosféricos de clase planetaria y, quién sabe, puede que en unos cuantos años las condiciones para la vida puedan recobrase en ese planeta árido y muerto. Pero eso no me importa. Tenemos todo lo que necesitamos en la Luna. El verdadero interés que tengo hacia la Tierra se debe a otra cosa. Una cosa de accesibilidad prohibida a todo el mundo, excepto a los exploradores.

—¡Muchacho, despierta! No deberías contemplar ese trozo de roca, no es más que un espejismo de lo que antaño fue. ¡Una mentira! Una gran y solemne mentira.

El sobresalto me recorre todo el cuerpo y hace que me separe de la ventana de un salto. Pero lo que más me impacta es ver ese rostro viejo y arrugado a pocos centímetros de mi cara. A juzgar por su aspecto desaliñado no debe de haber pasado por casa en bastante tiempo. Sus ropas son antiguas, de esas que ya no se fabrican. Un traje para vacío de dos piezas, sin entrada ventral para el sistema de ventilación, de color azul abisal y botas de enganche seguro, pero sin el módulo de enganche. Tampoco lleva un comunicador de muñeca ni consigo distinguir un implante coclear. ¿Qué edad se supone que tiene este anciano?

—¿Qué te ocurre ahora? ¿Por qué me miras de esa forma? ¿Acaso te he hecho algo?

—No, señor, aparte de que me ha dado un susto tremendo —digo educadamente. El retumbar de las pulsaciones aceleradas por la sorpresa desaparece de mis oídos rápidamente.

—¡Oh! Vaya, lo siento no era mi intención. Bueno, en realidad, sí que lo era ji, ji, ji. Pero soy un pobre viejo, no me lo tengas en cuenta. ¿Tienes algo de comer encima? ¿Tienes unos *pretzels* para darme? —dice el anciano. Su espalda tiene una curvatura nada normal; puedo inferirlo por la posición de su cuello al mirarme de frente.

Por su aspecto, me aventuraría a decir que debe tener como mínimo doscientos treinta años. Es increíble. Las primeras generaciones en engendrarse después del éxodo mostraron una mutación de tres genes relacionados con el envejecimiento celular. Gracias a estos genes de la longevidad el ciclo vital de cada célula replicante de nuestro cuerpo se multiplica, proporcionando una esperanza de vida natural de al menos doscientos años. Una especie mejorada a través de la radiación de una estrella, precioso. Sin embargo, de no ser por los avances en medicina, la especie habría desaparecido a manos de la misma estrella. Ya he escuchado casos de edad altamente avanzada, pero tener uno delante es otra historia.

—Puedo acompañarle hasta la máquina expendedora más cercana si tiene hambre. Allí podrá ordenar lo que le apetezca —digo servicialmente.

—¿Lo que me apetezca, dices? Vaya, cada vez tengo más hambre. No recuerdo la última vez que comí algo si te soy sincero chico —seguro que dice la verdad. Parece tan delgado como alguien que no ha comido en condiciones durante semanas.

La máquina expendedora más cercana está a diez minutos en dirección a la sección F. Aprovecharé yo también para comer algo; estoy exhausto. Las cintas se mueven a una velocidad aproximada de treinta metros por segundo, pero puede aumentarse un poco más si se reduce el efecto de rozamiento con las botas antigravedad al mínimo. A mí me gusta ir lo más rápido posible, como a mi

amigo. Min vive en la sección Z conmigo, pero solo va para dormir y estudiar; el resto del día lo dedica a ayudar a su tío Long-Zu, que está a cargo de los jardines botánicos orientales en la sección P.

Parece que esté caminando solo; el anciano no me ha dirigido la mirada durante el tiempo que llevamos de trayecto hasta la máquina. Probablemente se ha olvidado de que estoy con él. Mientras lo observo me doy cuenta de una cosa: es como un niño pequeño, todo le asombra y le parece exageradamente nuevo. La cinta deslizante, los focos anclados al techo, los paneles que marcan los niveles de oxígeno y temperatura, etc. Pero hay una cosa que no mira y esa cosa es la Tierra. Por alguna razón le está dando la espalda todo el rato y, cada vez que la rotación de la P.O.L nos permite observarla, su expresión inocente e infantil se transforma por completo y pasa a definirse en muecas de aversión y asco. Hay algo fascinante en él, no puedo dejar de observar su conducta cambiante.

La colonia es sinónimo de control y seguridad. Desde muy pequeños se enseña a controlar las emociones y a limitar las muestras de afecto, dejando en la cúspide de la pirámide conductual los modales y la educación. De esto se encarga la academia de conocimiento, de inculcar los valores aceptados socialmente y potenciar el razonamiento lógico por encima del emocional. Los padres no juegan ningún papel en la educación de sus hijos, se encargan del cuidado y tiempo libre, pero no de educarles. Tener delante a una persona cuya conducta es todo lo opuesto a lo esperable, realmente impresiona.

—¿Señor? Es aquí, ya hemos llegado. Esta es la máquina expendedora —digo mientras alzo el brazo derecho en dirección a los alimentos.

—¿De qué diantres estás hablando, muchacho? ¿Es que no te enseñan modales en la academia? ¡A los ancianos no se les molesta! A ver... ¿qué era lo que estaba haciendo? Descenso a las 0600 horas, extracción rápida sin demoras en superficie, vuelta a la nave y... ¡Acabo de olvidar otra vez las coordenadas!



¿De qué habla? ¿Se ha vuelto loco? Si realmente padece demencia senil, debería avisar a algún equipo médico para que se encarguen de intervenirlo y proporcionarle un tratamiento.

—Le he acompañado a propósito hasta aquí, porque me ha dicho que tenía hambre. ¿No se acuerda? Mire, esta es la máquina. Tiene hidratos, carne, suplementos y fruta —¿Por qué hablo como si me dirigiese a un bebé?

—¡Ah, sí! Gracias muchacho, estoy hambriento. Hace mucho que no como, tanto que no recuerdo la última vez que comí algo —cambia su personalidad de un extremo a otro como si nada, me desconcierta—. ¡Qué de cosas! Me va a costar decidirme hijo.

—No me dé las gracias, ha sido un placer ayudarle. Por cierto, yo soy Mellon Antilles. Mucho gusto —no creo que mi nombre dure más de sesenta segundos en su memoria, pero bueno.

—Tanto gusto, Mellon, yo soy Joseph —dice mientras me ofrece su mano—. Disculpa mi memoria, soy muy viejo y puedo ser un incordio en algunas ocasiones. Quiero que te quedes con esto por haberme ayudado. Yo ya no recuerdo por qué lo tengo y seguramente lo acabe perdiendo por alguna parte de este anillo o laberinto o como se llame —mientras balbucea enfurecido algo que no entiendo agitando la mano izquierda en todas direcciones, con la otra mano se busca dentro del traje y saca una especie de objeto metálico.

—Gracias, pero no era necesario. De todas formas me lo quedaré, es un buen recuerdo —mejor dicho, no me atrevo a rechazar el gesto de buena fe que ha tenido conmigo.

—Eso es, hijo, quédalo y guárdalo bien. ¡No lo pierdas como haría yo! —dice sonriente.

—Coma algo nutritivo, avise a sus familiares y vuelva tranquilamente a casa. ¿Me oye? —nada, ya me ha dado la espalda y vuelve a murmurar algo delante de la máquina. Espera, antes de marcharme, me gustaría saber algo más.

—Por cierto señor, si me permite la pregunta, ¿qué edad tiene?

—¿Qué? ¡Ah muchacho! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Va todo bien...? —dice como si me conociera por primera vez de nue-

vo—. ¡Ah! ¿Mi edad dices? Me temo que no puedo ayudarte con esa cuestión. He olvidado el número, qué se le va a hacer —su mirada es baja, de decepción, y un instante después está sonriendo de nuevo. Será mejor que lo deje a su aire. Estará bien... Creo.

No han pasado dos segundos y su atención ya está de nuevo en otro lado. Oigo su monólogo mientras me alejo, cada vez más apagado, sobre qué piensa tomar para comer. Es como si se enzarzara en una discusión consigo mismo cada vez que piensa o ve algo nuevo relacionado con lo anterior (y tiene pinta de que ese monólogo no acabará nunca). Qué personaje tan peculiar. No esperaba que los niveles inferiores me depararan tal sorpresa la verdad, pero dentro de su excentricidad me ha parecido incluso agradable (quizás se deba a la inclinación a respetar a nuestros mayores, no lo sé). Será mejor que ascienda a la superficie y tome un transporte si quiero llegar hoy a los jardines. Min no se lo va a creer, ¡un anciano de más de doscientos años!

## 2

—No te creo, Mel, no es posible. Y aunque fuese cierto, dudo mucho que pudiese caminar. El desgaste óseo y de ligamentos en las articulaciones, aun estando en entornos de gravedad inferior a un G y con la ayuda de un exotraje, le imposibilitaría dar siquiera un paso —me responde Min tan analítico como siempre.

—Es tu decisión creer en lo que te digo o no hacerlo. Pero deja de ser tan escéptico cada vez que te cuento algo que se escapa de las normas —Min es bastante conservador pese a recibir la misma educación que yo. Quizá se deba a que pasa mucho tiempo con su tío, que es un pobre viejo cascarrabias—. ¿Acaso te he mentido alguna vez?

—¿Cuántas ocasiones en las que sí me has mentido tengo que enumerarte esta vez para responder a esa pregunta?

Me encantan los clichés. Y a él también. Si fuese de otra manera borraría la sonrisa de su cara cada vez que nos encontramos en la misma discusión. Sí que es verdad que es un poco conservador, pero es que a mí me gusta demasiado tomarle el pelo.

—Pero esta vez te digo que es verdad. Es más, para que veas cuan seguro estoy de lo que digo, te voy a enseñar lo que me ha dado por ayudarle. Mientras me dirigía hacia aquí, he estado pensando todo el tiempo en qué podía ser y solo se me ha ocurrido la posibilidad de que sea una moneda. ¿Sabes lo que es una moneda?

Los bolsillos de los trajes que utilizamos en la colonia son muy estrechos. Estrechos y pequeños. Estoy haciendo un esfuer-

zo enorme para sacar la moneda (literalmente, retorciendo el cuerpo hacia la izquierda y estirando el brazo y los dedos índice y corazón derechos) mientras le explico a Min cómo es. Por fin, el tacto frío del metal en mis dedos. Antes de llegar al jardín oriental he tenido tiempo suficiente para estudiar esta pieza tan curiosa: su tamaño, peso y grabados sobre todo (para identificar la composición química deberé esperar al menos hasta llegar a casa y pasarla por mi detector). Unos tres centímetros de diámetro por tres milímetros de espesor, alrededor de los setenta u ochenta gramos y, lo que más me gusta del objeto, un grabado de una nave espacial sobre la Tierra con una inscripción minúscula en lo que creo que es latín. Dice lo siguiente: *INDIVISA MANENT* (también tendré que esperar a llegar a casa para poder traducirlo). Los océanos y continentes del grabado son como los antiguos, como los de las imágenes de archivo anteriores al éxodo y previas a la destrucción de la superficie.

—Sí sé lo que es una moneda, Nina me enseñó algunos ejemplares restaurados del museo. Pero quitando la historia milenaria que tienen, no me parecieron gran cosa. Eran una enfermedad, me dijo, las monedas y el dinero que representaban —dice Min.

—¿Cuándo y por qué te enseñó Nina esas reliquias? ¿Y por qué no estaba yo? —respondo mientras le entrego la moneda—. Ten mucho cuidado eh. Si se te cae y va rodando hasta el estanque de tu tío, te haré sacarla sin importar lo fría que esté el agua.

—Pues me las enseñó aquí mismo, debajo de este *Prunus serrulata* común hace un par de meses —responde rápidamente sin perder la moneda de vista—. Te dejé un mensaje para que tu I.A lo reprodujera en el momento en que entraras a tu habitación. Y tranquilo, que no le haré ningún daño; mi pulso es tan bueno como el de un cirujano.

Ya veo. Hace dos meses estaba en mi residencia familiar, cerca de una planicie industrial en el cráter lunar Tycho, ayudando a mis padres con su mudanza. Por eso me lo perdí, y por eso había un mensaje caducado en el registro cuando por fin volví a la Platafor-

ma de Órbita Lunar. En algunas ocasiones odio la Luna; ¿cómo no puede haber conexión en algunas zonas todavía?

—Es un cerezo de flor japonés Min, ¿olvidas que no soy botánico? —digo sonriente—. Bueno, ¿qué te parece? ¿Crees que pueda ser una moneda?

—No lo tengo claro —dice mientras observa la inscripción en la moneda—. Quiero decir, es posible que sí lo sea. Diría que tanto tamaño y peso están dentro de los estándares, pero no entiendo la razón de los grabados. Sobre todo la inscripción. Esto tiene que verlo Nina, Mel. ¿Mel?

He desconectado por unos segundos. Dos peces de colores brillantes saltaban por encima de los nenúfares y flores de loto del estanque. ¿Persiguen al grillo que ahora está sobre la cascada? Min se ha tomado su tiempo inspeccionando la moneda. He logrado sorprenderle con algo, seguramente más de lo que él mismo había esperado.

—Sí, disculpa. Lo sé. Pero no creo que pueda atendernos ahora mismo. Quizás en un par de semanas —le digo a Min mientras me devuelve el metal.

Nina Glover es una mujer muy ocupada. Se licenció en la academia de conocimiento dos años antes que nosotros, pero tenemos la misma edad. Es brillante, su inteligencia está fuera de cualquier representación gaussiana. Es segunda al mando en el ala de restauración de la P.O.L y gerente en el museo de interés histórico (bien podría ser la primera al mando de todo, pero ella odia los cargos que impliquen apariciones públicas). Desde que la conocemos, nos ha transmitido su pasión por las antigüedades. Afición que, actualmente, compartimos los tres. Y es que no hay mucho que hacer en este lugar a parte de interesarse por el pasado, el enigmático pasado.

—¿Acaso no tienes trabajo pendiente por hacer, pequeño gándul? —una voz castigada por el tiempo asoma por detrás de nuestras cabezas.

Es el tío Long-Zu; su acercamiento ha sido tan sigiloso que ni siquiera hemos oído sus pasos sobre la hierba. Al tío de Min no

le gusta hablar la lengua estándar de la colonia y por eso siempre se dirige a su sobrino en mandarín. Es gracioso porque la gran mayoría de la población de la colonia es de origen asiático y, sin embargo, la lengua común de la P.O.L es el elenco (una mezcla de dialectos anglosajones e hispánicos que, gracias a su gran diversidad, nos permite definir cualquier cosa por abstracta que sea). Aunque desde pequeños nos enseñan otras lenguas que también están presentes en la colonia, con el objetivo de favorecer el desarrollo cognitivo en todas direcciones. Por supuesto, yo hablo chino mandarín.

—Lo siento, tío. Había parado a descansar por un momento para hablar con mi amigo Mel de la academia —responde Mín rápidamente mientras su tío le mira medio agachado, a causa de esa joroba tan acentuada que tiene.

—Ve a darle de comer a las carpas, ¿quieres? Casi se comen a mi pequeño saltamontes. ¡Ah! Y dile a tu amigo que puede echarte una mano si quiere, así acabarás antes y podrás volver a la cháchara.

—Le ayudaré encantado, señor —le replico. Debe de haberle gustado mi respuesta en mandarín o mi ofrecimiento para ayudar a Mín, porque se ha quedado mirándome con la boca medio abierta, asomando algunos dientes. Creo que me está sonriendo.

—¡Entonces ve! Trabajad juntos y acabaréis antes —responde él.

La caseta donde el tío Long-Zu guarda la comida para sus peces está rodeada de una hiedra japonesa con unos colores tan vibrantes como los de las carpas. *Parthenocissus tricuspidata*, según mi amigo Mín, es el nombre de manual de la planta. Un bosque de bambú crece a la derecha del estanque, y un pequeño puente de madera cruza el estrecho riachuelo entre dos masas de agua a mano izquierda. También hay recreaciones en miniatura de los templos más icónicos y tradicionales de país del Sol naciente.

Entiendo por qué Mín ayuda tanto a su tío. Este sitio, este jardín, es condenadamente tranquilo; se respira paz y calma. Además es precioso. La gente de este lugar está siempre para arriba y para abajo, transporte aquí y transporte allá. Deberían sacar un poco de

tiempo y venir a estos jardines; les ayudaría individualmente y nos ayudaría colectivamente.

Se ha hecho tarde. Los paneles y el techo de cristal inteligente modulan en función de la hora la luz que recibimos del sol. Ahora tiene una tonalidad anaranjada, que se refleja en nuestras caras. Tenemos un color bronceado bastante atractivo.

—Oye Min, me marchó a casa por hoy. Quiero analizar bien todos los componentes de la moneda —he vuelto a sacarla para observarla a la luz del ocaso.

—De acuerdo Mel, gracias por tu ayuda. ¿A que hay más carpas de las que creías? —pregunta mientras se ríe.

—Nunca me había equivocado tanto al estimar el número de algo compañero —y los dos reímos, por el cansancio y porque disfrutamos mucho el uno del otro, hasta coger aire de nuevo. Con la bocanada de aire fresco y puro que se respira en el jardín, me incorporo y despido.

—Por cierto Min, ¿con que explorador eh? —digo cuando ya me encuentro a unos pasos de distancia.

—Con que explorador, ¿eh, Mel?





### 3

Qué día tan largo. Es llegar a casa y notar el cansancio en todo el cuerpo; ojos, cuello, espalda, piernas... En fin, solo quiero tumbarme en mi cama y hablar con Phil de todo lo que me ha sucedido hoy. Philip es mi programa de inteligencia artificial y asistente, además de alarma para despertarme y calendario. Es bastante más avanzado de lo común, ya que Min me ayudó a personalizarlo y añadirle muchas más funciones (algunas poco convencionales, pero útiles para mí al fin y al cabo). Aquí en la P.O.L todo el mundo dispone de una I.A personal, y en la Luna creo que también. Si hay alguien que no utiliza una, deben ser mis padres porque apenas tienen señal allí donde viven.

—Comando de voz personal: aguacate —digo un poco inclinado hacia la puerta. ¿Por qué me acerco más para hablar? Desde luego es una costumbre inútil; el micrófono adaptado capta mejor las órdenes por voz si estás a una distancia comunicativa normal. Pero aun así lo hago, y todos lo hacen.

—Comando verificado —responde una voz robótica y femenina.

Antes de acceder a mi residencia debo responder a una formalidad sin sentido, para verificar que estoy en mi residencia y ayudar a la P.O.L a mantener el orden civil. Por suerte, puedo modificar dicha formalidad gracias a una de las funciones poco convencionales de Philip, y en lugar de recitar un código alfanumérico permanente y aburrido, esta mañana antes de marcharme me he decidido por la palabra aguacate.

—Buenas noches, Mel. No llegabas tan tarde a casa desde la noche de astronomía en el planetario. ¿Se trata de Aurora otra vez? —pregunta mi I.A.

—Buenas noches para ti también, Phil —respondo mientras me voy quitando el traje—. Y no, no se trata de Aurora. Tan solo estaba ayudando a Min con sus tareas en el jardín.

Aurora es un cometa. Y la noche de astronomía a la que se refiere Phil es una anécdota bastante graciosa. Casi me entran ganas de recordarla, pero estoy demasiado agotado para mostrar algo más que una breve sonrisa por el comentario. Por supuesto que Phil ya sabía dónde estaba, puesto que él está constantemente activo en mi comunicador. Sin embargo, ha optado por esperar hasta llegar a casa y crear una conversa agradable.

—Oh, vaya, el tío Long-Zu te ha enganchado esta vez. Para poder escapar debes ejercitar más los cuádriceps Mel, ¿quieres que incluya nuevos ejercicios en tu rutina de gimnasio? —manuales de ejercicio y modelos en tres dimensiones de conjuntos musculares van apareciendo mientras avanzo por el apartamento.

—No hace falta, Phil. Aunque no me creas, soy más rápido que ese viejo (aunque no tan sigiloso). Y hablando de viejos, accede al censo de la plataforma orbital y busca ancianos cuyo nombre sea Joseph. Guarda los resultados y me los comentas después; voy a darme una ducha.

Dejo el traje arrugado encima de la cama y dejo la moneda encima de mi cómoda. El recuerdo de aquel señor tan viejo es lo primero que me asalta, así que me gustaría saber algo más de él. Me introduzco en la ducha. El agua caliente me empapa enseguida y un aroma sintético de tierra mojada inunda mis fosas nasales. En la P.O.L aprendemos a clasificar cosas sin haberlas experimentado nunca antes, solo observándolas e interiorizándolas. Esas imágenes de músculos me han dado una idea... Creo que me vendrá bien un poco de agua fría, para ayudar a mi cuerpo a recuperarse.

—Diez segundos Phil, a doce grados —digo mientras me concentro en mi respiración.

El cambio de temperatura es inmediato, al igual que la reacción de mi cuerpo adaptándose rápidamente a la nueva situación. Mi frecuencia cardíaca aumenta y mis vasos sanguíneos se dilatan, llevando sangre más caliente y más rápido a todos los rincones de mi interior. El ruido que percibo dentro de mí es tal, que no puedo concentrarme en otra cosa que no sea contar los segundos. Ocho. Nueve. Y diez. El agua se calienta otra vez. Tardo un segundo en notar el cambio de temperatura en mi piel, estaba entumecido. Ahora solo oigo los latidos de mi corazón frenético, y son tantos que me cuesta seguirlos mentalmente. Pero hay una voz a lo lejos que me está hablando. Cada vez está más cerca, voy recobrando el sentido.

—¿Mel? ¿Puedes oírme, Mel? Aquí maraña de cables intentando establecer comunicación con cubito de hielo. ¿Me oyes?

—Te oigo, Phil —ha debido de notar el cambio en mis registros fisiológicos.

—¿Qué tal el viaje? Te sientes más «fresco» ahora, ¿a que sí? —dice animado.

—Sí, bueno, me ha ayudado a despejarme un poco. Jabón, por favor —ya he vuelto a la normalidad. La ducha me ayudará a estar centrado un rato más. El suficiente para atender algunos asuntos antes de dormir.

Ya he salido del baño, estoy vestido con mi pijama y me dispongo a tumbarme en la cama. Contemplo la habitación, tan cuadrada y eficiente. Todos los apartamentos de esta nueva sección de la P.O.L son iguales: veintidós metros cuadrados con un compartimento a un lado (depende de la orientación este/oeste de la P.O.L) para el baño, y una cocina y mesa pequeñas cerca de la entrada (también, a mano derecha o izquierda en función de la orientación). El resto del espacio es personalizable, aunque solo cuentas con un escritorio, un armario y un sofá-cama convertible. Cualquier otra cosa debe de quedar registrada como propiedad ajena a la P.O.L. Ah, se me olvidaba. También hay una ventana pero solo puedo contemplar la Luna. Maldita orientación este.

—¿Phil estás conmigo?

—Estaba a punto de resolver el paradigma sobre computación cuántica de cuerpos celestes de clase Gamma. Pero no importa, ¿qué puedo hacer por ti?

—Vas a hacer dos cosas. La primera, reducir tu parámetro de humor en cinco puntos. Y la segunda, pásame las proyecciones del censo que te he pedido antes —digo antes de estirarme y notar un crujido en la espalda bastante sospechoso.

A estas horas de la noche siempre pienso porqué programaría a Phil con tanto sentido del humor. Y siempre le pido que baje cinco puntos su parámetro original, siendo este de setenta inmutables puntos sobre cien. Pero él entiende que no es una orden real.

—Marchando. He encontrado a quinientos sesenta y tres Joseph en esta plataforma, todos ellos mayores de ciento treinta años. Clasificados como ancianos por el departamento de salud y medicina, sin empleo, y con cara de pocos amigos —dice Phil, con un tono más serio esta vez.

El apartamento está equipado con tecnología lumínica y refractaría de última generación. Los hologramas y proyecciones de Phil pueden elaborarse en cualquier punto de la habitación, siempre con la misma calidad. Además, cuando mi dedo toca un haz de luz, los sensores se activan y me proporcionan una maleabilidad de la proyección absoluta.

La población censada en esta plataforma es de casi un millón de personas. La gran esperanza de vida ha obligado a controlar la natalidad, tanto aquí arriba como allí abajo en la Luna. Este control es bastante estricto, pero ayuda a mantener los distintos grupos de edad parcialmente igualados. La verdad es que quinientos sesenta y tres resultados me parecen pocos.

—Oye, Phil. ¿Crees que es posible que un anciano de doscientos cincuenta años haya cogido un transporte desde un módulo de lanzamiento lunar, para pasar el día en la plataforma?

—No, Mel. No creo que sea posible. Con algún familiar desde luego, pero si iba solo lo dudo mucho —responde Phillip.

Cada respuesta que me da, aunque no lo especifique, se basa en la interpretación objetiva de toda la información extrapolada de la pregunta formulada. Si Phil dice que no es posible que un anciano sea capaz de realizar semejante traslado, es porque conoce todos los factores y posibilidades del paradigma presentado.

—Dime qué te han parecido pocos Joseph a ti también y que has buscado en el censo de la colonia lunar —digo, conociendo ya la respuesta de mi I.A.

—Me han parecido pocos Joseph y he consultado el censo de la colonia lunar en busca de más.

—¿Y qué has encontrado?

—Nada. Ni un solo resultado. Por eso no es posible que ese anciano haya venido en transporte desde la Luna, Mel —responde Phil. Bien, concluyente.

Menuda sorpresa, puede que dé con mi anciano perdido esta misma noche. Me pongo a comprobar cada perfil, no quiero perderme ni un detalle.

Mi mente está trabajando a todo rendimiento, sin importar lo tarde que es y lo cansado que me encuentro. Este no es, este tampoco. Demasiado alto, demasiado delgado. Tampoco. Descartar, descartar. Empiezo a agobiarme, quiero encontrarlo de una vez. Tengo un dolor encima de los ojos que me obliga a ir cada vez más despacio.

Los horarios de trabajo y sueño están pensados para realizar el mejor desempeño posible y proporcionar el mayor descanso. La cognición durante el día y la recuperación durante la noche. Todos los estudiantes tenemos un diario de sueño en el que se registran las horas y la calidad del mismo. Cualquier desvío que provoque un balance negativo, como por ejemplo una situación de estrés, miedo o extrema preocupación, afecta considerablemente al desempeño que se espera de uno mismo. Yo estoy provocándome un desvío con esto, pero presiento que si lo dejara pasar terminaría en la misma situación. Estoy agotado, debería dormir y continuar mañana pero...

—¡Para! ¡Quieto Phil! —grito en cuanto veo el resultado—. Cuatrocientos. Es él. Esa cara arrugada, que aún conserva parte del pelo en su cabeza pero ningún tipo de barba o bigote.

De no ser por la fotografía de archivo no lo habría reconocido. Su ficha es casi inexistente, casi tan vacía como la de un fallecido; sin familiares, sin registro de trabajo anterior a la jubilación, sin fecha de inicio de su jubilación... ¡Sin residencia en la P.O.L! ¿Pero cómo es posible?

—Phil, ¿es posible que se haya emitido un certificado de defunción erróneo para este hombre?

—Eso explicaría la escasez de datos en su ficha Mel, pero siento decirte que no es posible. Conoces la política infalible de la P.O.L, no cometerían un error de ese tipo en ningún escenario posible.

—No lo sé Phil... Esto se está volviendo un tanto raro. Me siento profundamente defraudado. Quizás la política no sea tan infalible, quizás ningún habitante de esta plataforma lo sea —digo intentando convencer a un súper ordenador que piensa lo contrario.

—¿En qué estás pensando? No lo comprendo, parece ilógico —responde Phil.

Estoy pensando en Nina, la persona más infalible que conozco. Siento lástima y engaño, y la necesidad imperante de hablar con ella sobre esto y sobre nosotros. Quiero saber cómo le va, y qué hace y cómo está.

—Estoy pensando en dormir. ¿Me haces un favor Phil? Elimina tres horas de exceso en mi diario de sueño y asegúrate de que mañana mi desayuno sea más estimulante de lo normal. A la hora de siempre, por favor.

Reducir la iluminación en la habitación junto con el avance en la rotación de la P.O.L ha sido de utilidad para poder contemplar algunas estrellas a través de la ventana. ¿Habrá algo o alguien allí?

—Dicho y hecho. Ahora pareces un ciudadano modelo que cumple con su deber para con la colonia.

—Gracias... Ah, una cosa más, cambia el comando de voz personal. Déjame pensar... Un segundo... Ya sé. Nuevo comando de voz: comida para carpas —digo con los ojos ya cerrados.

—Muy bien. Ahora descansa y mañana nos vemos. Buenas noches, Mel.

Apenas oigo lo que me dice. De no ser por Phil todo sería tan complicado... Debo regalarle alguna cosa, quizá un nuevo paquete de sonidos o imágenes. Mi cama parece tan cómoda ahora, que podría decir que nunca había estado tan a gusto. Noto cómo descansa mi cuerpo, cómo se mantiene recto sobre el colchón mientras mi mente se hunde y pierdo la consciencia sobre mis piernas y brazos. Ahora solo queda el pecho, unos latidos lentos y sonoros que reverberan en mi cabeza... Será mejor dejar de pensar en cualquier cosa, debo descansar y seguir con todo este asunto mañana.

